

Tema 26. ¿POR QUÉ EXISTEN EL MAL Y LA MUERTE?

Un Dios maléfico

Cuando se busca qué dice el Antiguo Testamento sobre el origen del mal, se hace un aparente descubrimiento que sorprende e incluso espanta: Dios mismo permite el mal que hay en el mundo. Vemos, por ejemplo, que él mandó el diluvio universal porque se arrepiente de haber creado a la humanidad ya que crecía su maldad (Gn 6,7); él arrasa las ciudades de Sodoma y Gomorra, haciendo llover fuego y azufre del cielo (Gn 19,24); él convirtió en estatua de sal a la pobre mujer de Lot, sólo por haberse dado vuelta y mirar hacia atrás (Gn 19,26); él volvió estéril a Raquel, la segunda mujer de Jacob (Gn 30,1-2); él dio muerte a los primogénitos de las familias egipcias (Ex 12,12); él provocó las derrotas militares de los israelitas (Jos 7,2-15; Jue 2,14-15); él hirió al hijo del rey David, porque su padre había pecado (2Sam 12,15); él causó la triste división política del reino de Israel, que tantas secuelas funestas acarreó entre los hebreos (1Rey 11,9-11); él dejó ciego al ejército de los arameos, cuando atacaron a la ciudad de Dotán (2Rey 6,18-20).

Los males que vienen del cielo

También aparecen provocando aparentes situaciones naturales; así, fue quien envió las serpientes venenosas que mordieron a los israelitas cuando estaban en el desierto (Nm 21,6); quien produjo un terremoto para que murieran todos los que se habían sublevado contra Moisés (Nm 16,31-32); quien castigó con la lepra a la hermana de Moisés (Dt 24,9); quien mandó la peste a Israel, en la que murieron 70 mil hombres (2Sam 24,15); quien provocó una sequía de tres años en todo el país (1Rey 17,1). En el Antiguo Testamento, pues, todas las desgracias, los infortunios, las enfermedades y hasta la misma muerte parecen viniendo de Dios. Tal convicción se halla claramente expuesta en el libro de Isaías, donde Dios dice: *«formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo el Señor soy el que hago todo esto»*. O en el libro de Oseas, donde el profeta exclama: *«vengan y volvamos al Señor; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará»* (6,1). O, de un modo patético, en el pobre salmista que le recrimina al Señor: *«Yo estoy afligido y menesteroso; desde la juventud he llevado tus terrores, he estado medroso. Sobre mí han pasado tus iras, y me oprimen tus terrores. Me han rodeado como aguas continuamente; a una me han cercado»* (Sal 88,15-17).

Nada sin que él lo mande

De esta manera, en casi todas las páginas del Antiguo Testamento se oye hablar de la ira de Dios que se enciende contra su pueblo. ¿Cómo Israel pudo concebir una imagen tan espantosa de su Dios? Es fácil comprenderlo. Cuando se escribió el Antiguo Testamento las ciencias aún no se habían desarrollado. No se conocían las leyes de la naturaleza, ni las causas de las enfermedades, ni por qué sucedían los fenómenos ambientales. La misma psicología era bastante elemental, y los conceptos de libertad y responsabilidad humanas estaban muy poco desarrollados. Esto hizo que muchos de los fenómenos que hoy llamamos naturales, en aquella época se consideraran sobrenaturales, y por lo tanto, venidos directamente de Dios. De modo que cualquier cosa que ocurría, buena o mala, linda o fea, feliz o desgraciada, era obra de Dios. Un israelita no podía jamás imaginar que sucedería algo en este mundo sin que Dios lo quisiera o lo provocara. Él era el dueño de todo y, por lo tanto, el autor de todo.

¡Que nadie se quede enfermo!

Cuando le tocó el turno de predicar a Jesús, la situación no había cambiado mucho. Las ciencias continuaban en su etapa primitiva, y seguían ignorándose las causas naturales de los fenómenos que sucedían. Fue entonces cuando Jesús aportó una idea nunca oída hasta el momento: **enseñó que Dios no manda males a nadie; ni a los justos ni a los pecadores. Él sólo manda el bien**. Para demostrarlo, adoptó una metodología sumamente eficaz. Comenzó a curar a todos los enfermos que le traían. Y les explicó que lo hacía en nombre de Dios. De este modo anunció la buena noticia de que Dios no quiere la enfermedad de nadie, y que si alguien se enfermaba, no era porque él lo hubiera permitido. Igual actitud asumió frente a la muerte. Cuando le venían a pedir por alguien que había fallecido, jamás decía: “No, déjenlo muerto, porque esa es la voluntad de Dios”. Al contrario, lo resucitaba inmediatamente para enseñar que Dios no mandaba la muerte, ni la quería. En sus enseñanzas exponía este mismo mensaje a sus oyentes. Un día sus discípulos vieron, al pasar, a un ciego de nacimiento, y le preguntaron: *«Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él»* (Jn 9,1-3). Y Jesús les explicó que nunca las enfermedades son enviadas por Dios, ni son castigos por los pecados. En otra oportunidad vinieron a contarle que se había derrumbado una torre en un barrio de Jerusalén y había aplastado a 18 personas. Y Jesús les aclaró que ese accidente no era querido por Dios, ni era castigo por los pecados de esas personas, sino que todos estamos expuestos a los accidentes y por eso debemos vivir preparados (cfr. Lc 13,4-5).

El pajarito que cae

Jesús enseñó claramente que Dios no quiere, ni manda, ni permite las enfermedades. Tampoco provoca la muerte, ni los accidentes, ni ocasiona directamente los fenómenos de la naturaleza en los que tantos seres humanos pierden la vida. Dijo que de Dios procede sólo lo bueno que hay en la vida, no lo malo; porque Dios ama profundamente al ser humano y no puede mandar nada que lo haga sufrir (cfr. Jn 3,16-17). Jesús, pues, no explicó de donde vienen las desgracias de este mundo, pero sí explicó de donde no vienen: de Dios. No enseñó que causas las provocan, pero sí enseñó quien no las provoca: Dios. Sin embargo hay una frase en el Evangelio que ha llevado a la confusión a mucha gente. Es la de Mt 10,29 donde Jesús dice: «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin querer su Padre». O sea que si un pajarito llega a caer por tierra (es decir, sufre alguna desgracia o accidente), es porque Dios sí lo ha permitido. Pero en realidad se trata de una mala traducción de las Biblias. El texto original griego dice que ni un pajarito «cae por tierra sin su Padre». Como a la expresión le faltaba el verbo, los traductores de la Biblia le agregaron “sin que lo permita el Padre”, pensando que esta era la intención de Mateo. En realidad el evangelista, al decir que el pájaro no cae “sin el Padre”, quiso decir eso, es decir, que no cae sin que Dios esté a su lado, lo acompañe. O sea, que Dios está cerca del que sufre; pero no que permitió su sufrimiento.

Un Dios que enferma y mata

A pesar de este progreso, muchos cristianos, por leer más el Antiguo Testamento que el Nuevo, siguen pensando como lo hacían los antiguos israelitas, y conservan hondamente arraigada en su inconsciente aquella imagen de Dios al que había que responsabilizar de todos los males que suceden en la sociedad. Y aunque Jesucristo ya nos explicó que Dios no quiere nuestro dolor, todavía quedan muchos cristianos que piensan que los sufrimientos que padecemos son enviados por él. Es común, por ejemplo, visitar a algún enfermo, y oír a los amigos que le dicen refiriéndose a su dolencia: “Tienes que aceptar lo que Dios dispone”, como si Dios hubiera dispuesto que se enfermara. O al concurrir a algún velatorio, oímos la famosa frase de quienes van a consolar a los familiares: “Hay que aceptar la voluntad de Dios” o “este era el día que tocaba”. Pero ¿cómo va a ser voluntad de Dios que alguien se muera? Dios es un Dios de vida y no de muerte, decía Jesús (cfr. Mc 12,27). Dios manda la vida, nunca la quita. Ya el libro de la Sabiduría dice expresamente: «Porque Dios no ha creado la muerte ni se goza en la ruina de los vivientes» (1,13). ¿Cómo podemos culparlo a él del fallecimiento de alguien, cuando el mismo Jesús, en su nombre, devolvió la vida a tres personas que habían muerto? Pensar que estos incidentes suceden por su voluntad es una falta de respeto a Dios, y una grave ofensa a su amor y bondad.

¿Aprieta pero no ahoga?

Algunos, para justificar a Dios, lo explican diciendo: “Dios hace sufrir a los que ama”. Pero si nos ama ¿por qué nos hace sufrir? Otros explican piadosamente: “Dios aprieta pero no ahoga”. Pero ¿para qué quiere Dios apretar, pudiendo hacer las cosas con amor y ternura? Semejante mentalidad tortuosa, ha llevado a mucha gente a enojarse con Dios y a sentir resentimiento hacia ese Ser que, en vez de hacer feliz a la gente, la llena de desgracias. Y en el fondo tienen razón de enojarse y de alejarse de él. ¿Quién siente ganas de rezarle, o de hablarle a Aquel que le mandó un terrible accidente, una enfermedad, o se llevó a un ser querido? Más que un Dios, ese es un monstruo.

El origen del mal

¿De dónde proceden, entonces, tantas desgracias y enfermedades imprevistas? **Del mal uso de la libertad humana.** En efecto, somos nosotros los que contaminamos el agua que bebemos, el aire que respiramos, los alimentos que ingerimos, la tierra en la que vivimos, y de esta manera producimos graves trastornos en los seres humanos, incluyendo a los niños que se están gestando. Pero la mentalidad primitiva que tenemos, propia del Antiguo Testamento, nos lleva a responsabilizar a Dios. Y cuando alguien se enferma, o muere, o nace un niño discapacitado, surge la famosa frase: “¿Es voluntad de Dios!”. Hoy sabemos, por ejemplo, que unas 250.000 personas por año mueren en el mundo a causa de enfermedades (como la malaria, el paludismo, la fiebre tifoidea, el cólera) provocadas por la contaminación que el hombre realiza de las aguas. Y seguramente en las familias de cada enfermo se pensará: “Aceptemos la voluntad de Dios”. Cuántas mujeres culpan a Dios de su esterilidad, y se preguntan: “¿Por qué Dios me niega un hijo?”, cuando sabemos que los pesticidas químicos que se emplean para fumigar frutas o verduras son tóxicos y provocan graves daños en la capacidad procreadora, así como en la piel, en la sangre, y en las vías respiratorias. Y cuántos hombres se resienten con Dios por su infertilidad, cuando hoy se sabe, por ejemplo, que la ropa demasiado ajustada provoca micro traumas y un incremento de calor que llevan a la infertilidad masculina.

Estadísticas humanas, culpas divinas

Los estudios médicos aseguran que el 75% de los casos de cáncer registrados en el mundo podrían haberse evitado. Y sin embargo muchos morirían preguntándose: “¿Por qué Dios me ha mandado esto?”. Asimismo las

ἐρωτήματα τοῦ βιβλοῦ

estadísticas afirman que en Colombia mueren anualmente unas 7.000 personas, y otras 36.000 resultan heridas en los accidentes de tránsito. ¿Las causas? Por fallas del conductor; por fallas de la ruta; por fallas del peatón; por fallas del vehículo; y por agentes naturales. Pero el 100 % de los afectados, en lo íntimo de su corazón, culpará a Dios por el accidente. En nuestro país mueren 22.000 personas al año debido al tabaco. ¿En cuántos de esos velorios se acercarán los familiares para saludar al deudo y le dirán: “Qué vamos a hacer, hay que aceptar la voluntad de Dios”? En el mundo, miles de niños nacen con malformaciones, ceguera, discapacidades, debido a problemas sociales como la desnutrición, el alcoholismo crónico de los padres, o la falta de vitaminas. Y miles de padres se preguntarán: “¿Por qué Dios ha querido esto para mí?”. La tierra produce actualmente un 10% más de alimentos de los que realmente necesita. Pero el egoísmo de los países ricos, la negligencia, la mala administración y los intereses mezquinos de algunos gobiernos hacen que unos 500 millones de personas sufran hambre en el planeta. Y, por supuesto, no faltarán los que digan: “¿Cómo voy a creer en Dios, cuando tanta gente muere de hambre?”, como si él fuera el responsable de nuestros errores.

Edificios que enferman

Más aún: recientemente un grupo de especialistas ha denunciado que en las construcciones no se hace nada por evitar el “síndrome del edificio enfermo”, que afecta a millones de personas. Efectivamente, en muchas edificaciones modernas se utilizan algunos tipos de plásticos, aglomerados, cementos de contacto y otros materiales que despiden sustancias tóxicas y cancerígenas, sin advertir a la gente de estos peligros. La cual, por supuesto, en cuanto contraiga algún tipo de dolencia grave, pensará en “la pesada cruz que Dios me mandó”. Las grandes inundaciones, que parecen fenómenos tan caprichosos e incontrolables, y que además de pérdidas millonarias ocasionan cientos de muertes, tienen también su grado de responsabilidad humana. Muchas de ellas provienen de las intensas lluvias provocadas por la acumulación de evaporación, originada en los grandes embalses de las represas hidroeléctricas construidas negligentemente por los hombres. Lo mismo podemos decir de los terremotos. Si bien son manifestaciones naturales, muchos de ellos son causados por el hombre. Al construirse un embalse o un dique para frenar la corriente de un río, se suele formar un lago artificial, el cual produce una infiltración de agua que se introduce en las rocas, actúa como lubricante y facilita el deslizamiento de aquéllas, lo que origina luego un temblor de tierra.

Sin enfermedades

Entre los grandes logros de la humanidad figura el haber eliminado ya dos enfermedades: la viruela en 1979, y la poliomielitis que prácticamente ha desaparecido. ¿Cuántas otras enfermedades podrían suprimirse o frenarse, si en vez de gastar dinero en armas, bombas, y guerras, lo empleáramos en investigar? *Pero sigue siendo Dios, en la mente de muchos cristianos, el responsable de las enfermedades, las catástrofes y las muertes que vemos a nuestro alrededor.* Alguno pensará: ¿acaso Dios no nos creó mortales? Sí. ¿Entonces no es él el responsable de que muramos? No. El nos creó mortales, pero el “cuándo” morimos lo fijamos entre todos nosotros, con nuestras actitudes de amor o de odio, de responsabilidad o negligencia. **El no nos tiene fijado el día de nuestra muerte,** como piensan algunos. En ella interviene una serie de factores en los que entra la responsabilidad humana. Por no haber entendido esto, mucha gente vive resentida con Dios, lo acusa de sus desgracias, y hasta lo ha eliminado de su vida. Es necesario erradicar la imagen primitiva del Dios del Antiguo Testamento, que aún llevamos dentro, y recuperar la figura amorosa que nos presentó el Señor en el Evangelio. Sólo así aparecerá el verdadero Papá del que nos habló Jesús, el «*que hace salir el sol sobre todos, sin importarle si son buenos o malos, y llover sobre todos, sin importarle si son justos o injustos*» (Mt 5,45).

AAV

μενοῦν μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες
*Más bien, dichosos los que escuchan **La Palabra** de Dios y la practican*